

LA MÚSICA EN LA RCC

La música es un don de Dios. La naturaleza canta la gloria de Dios: el viento canta entre las rocas, las olas cantan al mar, las aves cantan en los árboles... pero sobre todo el hombre ha recibido este don: el sentido musical (melodía y ritmo), el oído, la voz y la habilidad para cantar y tocar instrumentos.

"Dad gracias al Señor al son de la cítara, tocad para él el arpa de diez cuerdas. Cantad un cántico nuevo, acompañad los vítores con bordones": (Salmo 33, 2-3)

Dios ha puesto en la música una fuerza poderosa que acerca a Él al hombre y que puede unir a los hombres entre sí. Por eso, como casa natural, desde el comienzo de la historia, la música ha sido un elemento privilegiado en el culto y la alabanza de Dios.

David y los israelitas iban danzando ante el Señor con todo entusiasmo, cantando al son de cítaras y arpas, panderos, sonajas y platillos" (2 Samuel 6, 5)

Casi la totalidad de la música en la antigüedad fue música religiosa. La Iglesia siempre cantó y usó la música en sus ceremonias litúrgicas.

Entre vosotros, entonad salmos, himnos y cantos inspirados, cantando y tañendo de corazón en honor del Señor" (Efesios 5, 19)

En los primeros siglos los cristianos cantaban "cánticos inspirados" lo que hoy llamamos "canto en lenguas". Muchas de esas melodías fueron recogidas y escritas en lo que se llamó "música y canto gregoriano" que, por muchos siglos fue la música litúrgica de la Iglesia y que aun hoy se canta. Todos hemos oído la cita de San Agustín: "El que canta, ora dos veces"

En tiempos más modernos, el hombre va usando la música para otros fines. No podemos decir que haya sido por inspiración del demonio, pero lo que sí se puede asegurar es que hoy hay "música satánica" que, ciertamente, no lleva el hombre a Dios sino que lo esclaviza con sus ritmos locos y su ruido estridente.

La Renovación Carismática Católica utiliza ampliamente el canto y la música en nuestros grupos de oración, pero lo hacemos con características propias.

La música y el canto están al servicio de la oración. Esto quiere decir que nos ayudan a orar, pues para eso nos reunimos.

Hay cantos sumamente sencillos y que no parecen gran cosa musicalmente, pero que tienen una fuerza poderosa para acercarnos a Dios y llevarnos a la oración. Suelen ser cantos que han surgido de un sentirse hijos de Dios antes que músicos, pues no podemos olvidar que los músicos estamos llamados a ser santos antes que cualquier otra cosa.

Este puede ser el sentir de cualquiera de los autores de nuestras canciones: ""El Señor se merece una alabanza armoniosa (Salmo 146) Lo mejor que hay en mí es de Él. Él lo ha puesto y es para Él, para su Gloria. Para anunciar su Reino. Mi canto, la música que interprete o componga... ha de reflejar Su belleza, Su ternura, Su fuerza.

“El verdadero canto es expresar el ritmo de la respiración del alma. En este sentido, el canto me dinamiza, me da un mejor ser. Y así, cuanto mejor canto, mejor respiro; mi oración se expresa en mi canto y mi canto es oración.” (X. Dessieux “El canto en nuestras asambleas de oración” Tychnique n° n75)

Juan Pablo II nos dijo: “La música tiene el don de expresar la riqueza de todas las culturas. Es capaz de estimular las armonías interiores, y hacer que vibren; puede despertar en nosotros intensas y profundas emociones. Es como si la música fuera la voz real de nuestros corazones, capaz de crear ideales de belleza que nos conducen muy cerca de al armonía perfecta, serena ante las pasiones humanas, y hacia el sueño de la comunión universal”

En el libro “Balduino, el secreto del Rey” publicado por el Cardenal Suenens se puede leer:

PENTECOSTÉS 1975

“La misa en la Basílica no me apetecía demasiado en un principio, pues no me gustan las reuniones multitudinarias ni el ambiente del Vaticano. Dudé si ponerme o no las lentillas con las que veo muy bien para observar a la gente, pero después comprendí que será mejor cerrar los ojos para mirar y escuchar a Jesús en mi interior.

Desde que empezaron los cantos me quedé impresionado. Jesús estaba en medio de su pueblo, de su Iglesia; y el Papa, muy débil, pero aceptando esa debilidad y expresando la oración del Pueblo de Dios que respondía con el gozo de la adoración.

Me sentía tan impresionado y feliz, que se me saltaban las lágrimas sin poder contenerlas... y eso también me producía alegría. Tenía la impresión de que Jesús quería decirme: “Si, ya sé que tu me amas también”. Sentía que Jesús tenía un inmenso amor hacia nosotros los cristianos, pero también hacia los no creyentes.

Y pensaba con alegría en la persona que estaba junto a mí, y en el amor con que el Señor la envolvía. Los maravillosos cantos carismáticos -tan discretos y tan perfectamente rítmicos- me hacían estremecer y me imaginaba que, dentro de poco tiempo, la Iglesia atraería de nuevo a los hombre hacia sí”

Paco Calvo